

PRISCILA

María Paula Vanegas Florez

Priscila era una niña de 11 años de piel morena y rasgos montuvios. Su cara redonda estaba llena de pecas que formaban constelaciones en sus mejillas; sus pómulos eran puntiagudos, su nariz estrecha y sus ojos enormes y ovalados. Su cabello largo y liso enmarcaba su cara con un negro profundo. Si uno se acercaba a ella lo suficiente, podía captar el ligero olor a cabello planchado que rodeaba su aire y que se mezclaba con su perfume dulce. Ella era la más alta de la clase y la más desarrollada; a su corta edad podía haber pasado por una adolescente. Era hipnotizante, su belleza evidente y, sin embargo, ningún niño de la clase se fijaba en ella.

Priscila venía a la escuela con las uñas pintadas de colores suaves con diseños intrincados que lucía ante las niñas con orgullo. En su bolsillo llevaba una tapa de mentol para rizarse sus pestañas largas y un brillo de labios con olor a fruta. Con sus alargadas manos se pasaba el brillo por sus labios de forma exagerada y se rehusaba a prestárselo a nadie. Priscila siempre llevaba lentes de contacto que cubrían sus iris de un color verde-café que no parecía natural, pero que le sentaban bien. La blusa blanca de su uniforme de diario se notaba curtida por el tiempo y le quedaba un poco pequeña, lo que acentuaba su figura.

Su pantalón de gimnasia estaba descolorido, notándose más gris que azul marino. Sus manos tenían cayos que no mostraba a nadie y sus uñas estaban sucias bajo el esmalte.

Asistíamos a una escuela cara de barrio rico, de apellidos fuertes. Nuestros padres recitaban esos apellidos importantes precedidos por "Los" y los pronunciaban con mayúsculas para imponer respeto. Nuestra clase estaba llena de pieles blancas, rubios naturales, zapatos de marca, marcadores importados y termos de moda. Las fiestas de cumpleaños eran en ciudadelas cerradas, con comidas extravagantes y grandes piscinas.

No era poco común que entre clases alguien sacara a presumir algún objeto nuevo, regalo de sus padres: algún videojuego portátil, pulseras y collares con dijes delicados, agendas de moda o stickers de personajes reconocibles; y siempre Priscila los interrumpía para contarles acerca de algo mejor que ella tenía en casa, pero ella no traía sus cosas a la escuela porque eran muy valiosas y su padre no la dejaba. Ella siempre hablaba de su padre,



de cómo la consentía y de cómo, aunque era de carácter fuerte, la amaba y le regalaba todo lo que ella quería. Priscila nos contaba de anillos de oro, zapatos de edición limitada, aretes de diamante y un caballo; uno con un cuerno en la cabeza, pero que no era unicornio, sino solo un caballo de raza difícil de conseguir.

Su complexión se llenaba de orgullo cuando hablaba de sus cosas. Sus palabras resplandecían al salir de su boca, se volvía más alta, sus ojos se entrecerraban altaneros y su tono de voz era fuerte e intenso. Linda, desafiante y segura. Las niñas de la clase la escuchaban y se reían de ella, y yo, por la idiota sensación de pertenencia, me reía también. Yo no entendía el chiste, pero entendía que había algo de Priscila que no les agradaba y no sabía cómo sentirme al respecto.

Priscila nunca se enojaba abiertamente; su quijada filuda no cedía un centímetro ante la burla. Pero en su cara yo notaba sutilezas: tensión en sus pómulos, un movimiento imperceptible en sus párpados, un rubor sutil en sus mejillas. Su habla se aceleraba, defendía su verdad y nos pedía ir a comprobarla, pero nunca nos invitaba a su casa. Su padre, decía, odiaba las visitas.

Creo que fui amiga de Priscila. Yo era una niña escuálida, de dientes chuecos, voz ronca y poco sociable, y aunque compartíamos juntas los recreos, creo que ella tampoco sabía tener amigas. Ella me retaba cuando empezaba a mordermme las uñas, me miraba con intensidad y me decía que me iba a quedar sin dedos. A veces sentía su mirada en mí en momentos fugaces; le gustaba mi piel y



mis ojos verde miel, pero no le gustaban mis dientes cubiertos de ortodoncia tosca. Priscila se ofrecía a hacerme trenzas y acariciaba mi cabello lleno de friz con delicadeza.

—Qué linda te verías lacia—.

A la hora de salida las dos marchábamos hombro a hombro entre un mar de niños sudados y cansados. Seguíamos juntas al grupo de chicas de la clase, interviniendo en las conversaciones rara vez. Yo caminaba cabizbaja, tímida; Priscila caminaba a grandes zancadas con su cuerpo esbelto y largo, el aire a su alrededor pasaba ligero. Yo notaba la forma en la que ella se doblaba el elástico del calentador de gimnasia para mostrar sus caderas; unos shorts de licra asomaban por el dobladillo de su pantalón y se pegaban furiosamente a su carne. Cuando hablaba movía sus manos por todos lados desprendiendo un olor dulce imposible de ignorar, pero la mayoría del tiempo andaba callada. Yo la observaba en silencio y de reojo.

Marchábamos hacia la puerta cuatro del parqueadero para tomar los buses particulares, pero Priscila no iba en bus. Ella se sentaba en las bancas de cemento y esperaba a su chófer. Sentada en el bus, mirándola por la ventana, se veía tan pequeña a la distancia, de repente cansada y tímida. Su padre era un hombre de negocios muy ocupado, decía, y su chófer también, pero a ella no le molestaba esperar. Nuestros buses no tardaban en irse y ella se quedaba sola.

Una tarde calurosa veníamos marchando por el corredor hacia el parqueadero, en

silencio. Los buses se veían parqueados en líneas rectas, uno al lado del otro, a excepción de un espacio vacío donde debía estar el mío. A mi cara de confusión le contestó un niño que reconocía del recorrido: el bus no había venido todavía. El parqueadero se vació al tiempo que el sol empezó a bajar. Catorce niños quedamos varados en la escuela vacía y silenciosa. Empezaron a armarse grupos: el grupo de niños jugando fútbol en un extremo del parqueadero; el grupo mixto que jugaba a las escondidas con enormes carcajadas; y el de niñas en un círculo en el piso, haciendo coronas de flores. Sentada en el tercer grupo, podía ver a Priscila, sola, con la mirada perdida hacia la enorme puerta negra de metal.

A mi lado, una niña castaña de enormes ojos marrones me enseñó cómo unir coralitos para hacer una cadena de flores. Primero, debía ubicar el hueco en medio de los pétalos de la flor donde hay un tallo escuálido sobresaliendo. Después, debía extraer el tallo con manos precisas, con poca presión; esto haría salir del agujero una gota de un líquido como savia, espeso y transparente. Un paso opcional, entonces, era pasar la lengua por la gota de miel de flor que era dulce al paladar. Por último, introducía el tallo de otra flor por el extremo contrario a sus pétalos. Trabajamos rápido entre conversaciones ligeras, y en poco tiempo tuvimos largas cadenas de flores que convertimos en pulseras, coronas, aretes y anillos.

Mi mirada se levantó hacia Priscila después de terminar un collar largo; la posición

en la que estaba sentada no parecía cómoda, pero resaltaba una delicada curva en su espalda. Un par de niñas se fijaron también en ella y fueron a verla. Yo las seguí, tímida.



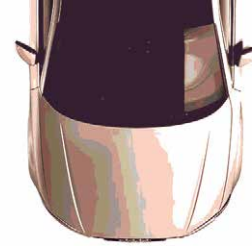
—Estamos haciendo pulseras de flores—. Priscila se volteó hacia ellas solo un segundo.

—No juego con tierra—

Una de las niñas intentó disimular una risa. Yo me senté en el otro extremo de la banca a su lado; la superficie dura era incómoda contra mis muslos tiernos. Me acomodé un poco y le extendí el collar de flores en mi mano.

—¿Tu papá siempre llega taaaan tarde? Qué pereza—. Priscila agarró el collar sin mirarme a la cara, deshizo un par de uniones y las convirtió en dos argollas.

—Mi chófer tiene cosas que hacer, no me molesta—. Con unas flores que le sobraron hizo un pequeño anillo. Yo tenía hambre, estaba cansada y el uniforme me apretaba en la cintura.



—¿Y qué carro tiene tu papá? —. Vi algo que pasó fugazmente por sus ojos mientras colocaba el anillo en mi dedo.

—Tiene muchos—. Procedió a sacarse sus aretes dorados y los guardó en su bolsillo. —No sé cuál le dejé mi papi hoy al chófer. Ayer vino con el convertible—. Se colocó las argollas en sus orejas con facilidad. Las niñas se rieron, ahora sin intenciones de ocultarlo.

—¿Tienes un convertible? — le pregunté mirándola a la cara. Ella me miró de vuelta.

—Algunos. Mi papá cambia de carro todos los años—. Mi mirada debió brillar con admiración o curiosidad, porque Priscila me quedó mirando una eternidad entera.

Ella se unió al círculo donde varios coralitos yacían en medio, sobre el cemento, abandonados por la conversación. Las argollas rojas que colgaban de sus orejas enmarcaban perfectamente su piel morena e intensificaban el color de su brillo labial. No fui capaz de seguir la conversación que ellas estaban teniendo. Había pasado casi una hora desde que se fue el último bus, y el cansancio me estaba alcanzando.

—¿Y tu papá de qué trabaja? —. Priscila estaba mirando su reloj digital de muñeca insistentemente.

—No sé, en negocios—. Una risa burlona se empezó a expandir por el círculo y llegó a mi pecho con demasiada facilidad.

—¿Y de qué marca es tu carro? —. Priscila se volteaba a ver la puerta negra del parqueadero fingiendo desinterés.

—Tengo tantos que ni me acuerdo—. La risa volvió a brotar de adentro mío sin restricción.

—¿Por qué te vienen a buscar tan tarde? Para eso está un chófer, ¿no? —. Priscila se levantó con un suspiro contenido. Entre mis dedos aplasté un coralito y vi caer sus pétalos al suelo. Su mirada volteó nerviosa a la puerta por unos microsegundos.

—Hacen demasiadas preguntas, voy a esperar por allá—. Se dio la vuelta y volvió a la banca de cemento. En el círculo de niñas explotaron las risas.

Pocos minutos después se abrió la puerta del parqueadero y nuestro bus entró, saludando al portero con un sonido débil de su bocina. El señor de bigote blanco que manejaba se disculpó con nosotros por la demora mientras nos ayudaba con las maletas y las loncheras. Sentada en el asiento del bus con mi mochila entre las piernas, vi a Priscila sola, con su postura rígida. No la vi mirando en nuestra dirección, pero supe que nos



observaba con cuidado. La puerta del bus se cerró, y el aire acondicionado calmó mi cansancio un poco.

Una camioneta celeste muy vieja y oxidada entró en ese instante por el portón abierto. Adentro de nuestro bus amarillo, el chófer hacía el conteo de niños antes de salir hacia la carretera. La camioneta se parquéó cerca de la puerta, pero no apagó su motor. Un hombre de piel curtida por el sol, vestido con guayabera y jeans desgastados, se bajó saludando a Priscila. Aún en la banca de cemento, con su cara ligeramente girada hacia nosotros, ella pretendía ignorarlo. El hombre caminó en dirección a ella con un ligero cojeo en su pierna derecha.

—¡Priscila, hijita! ¿Estás sorda? —. La niña alta que siempre caminaba con una seguridad que atrapaba la mirada se levantó avergonzada, su espalda jorobada, su cara oculta entre las sombras de su cabellera negra. Su padre agarró su mochila y le puso el brazo alrededor de los hombros; ella no lo miró ni por un segundo.

Al día siguiente, en el aula, el chisme corría de la camioneta “fea” y del padre “cholo” de Priscila. Ella parecía indiferente a los murmullos y bromas que ocurrían a su alrededor. Su postura era nuevamente

impecable, su cara impávida e imperturbable mientras miraba a la pizarra o se hurgaba las uñas. En el recreo, Priscila me invitó a su fiesta de cumpleaños.

—Creo que este año sí voy a poder convencer a mi papi de que hagamos una fiesta en la casa—. Yo me emocioné. —La podemos hacer en la piscina o en el salón de baile. ¿Vendrías planchada? —. Pasamos el recreo entero hablando de decoraciones, bocaditos y juegos de fiesta. Puede que algunas risas de niñas cerca se hayan filtrado entre las nuestras, pero la emoción de la fiesta opacó todo.

Mi imaginación voló todo ese día en el camino de regreso. Una casa grande y elegante con un garaje enorme lleno de carros caros. Una piscina profunda, envuelta de plantas exóticas. Una mesa llena de regalos envueltos en papel con estampados novedosos. Caballos pastando en el patio trasero, en una larga extensión de tierra en la que tal vez haya espacio para una fogata, verde hasta dónde llega la mirada al horizonte. Y al fondo, al borde de la enorme propiedad, escondida entre la maleza, una camioneta vieja de color celeste que les da vergüenza a toda la familia.

